

JOAN LLOPIS

(1932-2012)

El pasado 25 de junio fallecía en paz en su casa, acompañado de su esposa Maria Colom, Joan Llopis Sarrió, y el 27 celebramos sus exequias que presidió el obispo Pere Tena, fundador de esta revista, y como primer concelebrante su actual director Jaume Fontbona. Apunto estas circunstancias de la celebración porque me parecen expresivas de un hecho relevante en la vida de Joan: desde su juventud hasta sus últimos días estuvo vinculado al Centre de Pastoral Litúrgica y a la revista *Phase*. Dos hechos, casi anécdotas, lo confirman. Cuando esta revista aún no había sido bautizada como *Phase* y era simplemente un *Boletín de Pastoral Litúrgica*, ya Llopis, joven sacerdote, escribe en ella. En el primer año sobre «Domingo, día pascual» y en el segundo, ya desde Roma, en junio del 1962, sobre «El Concilio, hecho litúrgico» (es el primer artículo algo extenso que *Phase* publica sobre el Vaticano II). Esto fue el principio. Ahora, al final de sus días, cuando un servidor iba a visitarle al hospital, una y otra vez me pedía que fuera a su casa a recoger un disquete para llevarlo al CPL, pues incluía la traducción de un extenso libro sobre la confirmación que Miguel Lirio le había encomendado y estaba a medio hacer: era un modo de decir, sin decirlo, que ya sabía que nunca terminaría la traducción. Y él, hombre trabajador aunque nunca presumía de ello, no quería que se perdiera la tarea que ya no podría finalizar.

Le faltaba un mes para llegar a los ochenta años. Había nacido en Barcelona, en el encantador barrio de Gracia, en una breve calle con el pretencioso nombre de El Diluvio, en una familia popular, de ascendencia materna valenciana (sus amigos atribuíamos a ello su humor peculiar que era compatible con ramalazos depresivos que no le impedían ser fiel a su trabajo). Estudió en los escolapios, de quienes tenía buen recuerdo y es probable que allí se sembrara la primera semilla de amor a la liturgia (por ejemplo, gracias al entusiasta gregoriano Miquel Altisent). Y luego ya al seminario, como alumno brillante y buen compañero. Llamado a más altos destinos –como bromeaba años después su mujer– quienes entonces se denominaban «los superiores» le enviaron a licenciarse en teología en la Pontificia Universidad de Salamanca. Para él, pan comido. Recibió la ordenación sacerdotal en 1958 y tras un breve paréntesis como coadjutor en Barcelona que coincide con su primera relación con el entonces neonato Centre de Pastoral Litúrgica, el dedo jerárquico le envía a Roma para doctorarse. Escoger el tema de una tesis es siempre algo arriesgado porque fácilmente uno queda marcado para toda la vida. Ignoro porque Joan escogió las exequias –él, que nunca vio claro eso de la muerte– aunque gracias a la influencia del jesuita holandés Herman Schmidt director de la tesis, la temática evolucionó hacia lo que expresa el título final: «La Sagrada Escritura, fuente de inspiración de la liturgia de difuntos del antiguo rito hispánico» (publicada en 1965). Eran los tiempos del Concilio y Schmidt era una de las figuras clave en los trabajos de renovación litúrgica (parece que a él se debe mejorar la redacción del primer capítulo de la *Sacrosanctum Concilium*). Sin duda influyó en la orientación del sentido litúrgico de Llopis, además de promocionarle como miembro de la Comisión para la reforma de las misas de difuntos y como consultor del *Consilium ad exsequendam Constitutionem de sacra liturgia*.

De nuevo en Barcelona, reemprende su servicio como coadjutor y su trabajo en el CPL, especialmente en dos tareas: tras aquel revolucionario 7 de marzo de 1965 –para los jóvenes: el día en que las misas empezaron a celebrarse en la lengua que se calificó de «vulgar» y el cura ya no daba la espalda a los asistentes– Llopis era

reclamado por innumerables parroquias porque le consideraban el mejor pedagogo de la reforma («Llopis era un profesor y un conferenciante brillante, preciso y metódico, de aquellos que uno escucha con gusto y entiende lo que dice», constata Pere Tena en la necrológica que publica en *Catalunya cristiana*); y por otra parte en su colaboración en las diversas publicaciones del CPL tratando de la renovación litúrgica conciliar, colaboración cuya cumbre fue la preparación de la primera edición mundial bilingüe –latino-castellana– y con unas notas que hoy conservan su valor de la *Sacrosanctum Concilium*. El secreto de la primicia estuvo en que aquel monseñor inclasificable, Manuel Bonet –jurista en la Rota Romana, pero liturgista decisivo para resolver cuestiones clave de la Constitución, creador de la tan benemérita Unión sacerdotal en Barcelona aunque ello le ocasionara un inicio de proceso ante el Santo Oficio, tan exultante en la plaza de San Pedro cuando se anunció la elección papal del cardenal Montini que para celebrarlo nos invitó a comer en una *trattoria* a tres jóvenes curas barceloneses– él, digo, había enviado furtivamente el texto de la Constitución al CPL. Han pasado muchos años pero recuerdo como si fuera ahora las horas que Joan y un servidor pasamos en mi casa preparando aquella edición que sería el número 19 de *Phase*.

MEDELLÍN, SALAMANCA, BARCELONA

Inesperadamente, un nuevo cambio. Digo inesperadamente porque si uno repasa la puntillosa historia del CPL que escribió con tanto cariño Joan Bellavista –casi como si fuera el estudio de una institución medieval, su especialidad– constata que en aquellos años crece la vinculación de Llopis con las actividades y publicaciones del Centre. Parece llamado a ser uno de sus puntales decisivos, después del grupo fundador. Así en la junta del año 1963 ya es elegido secretario tras Tena y Farnés, como director y subdirector respectivamente. Y al decidirse la publicación de una en principio denominada *Circular*, que luego se convertirá en *Circular Informativa de Pastoral Litúrgica* con el propósito de vincular la pastoral litúrgica de todas las diócesis catalanas y años más tarde pasará –ya fuera del CPL– a ser la actual revista

Foc Nou, es significativo que se escoja a Llopis como director. Es significativo, digo, como es curioso que hablando con él recientemente no lo recordaba. Y es que muy pronto se produjo el nuevo cambio que anunciaba. En verano del 1965 el liturgista colombiano Jairo Mejía que ya trabajaba en Roma en la preparación de la renovación litúrgica conciliar solicita al CPL que ayude a la creación en Medellín, impulsado por el CELAM de un Instituto Superior de Liturgia cuya misión sería promover la renovación litúrgica en aquellos países. La petición sorprende porque al fin y al cabo el CPL era una joven institución. Pero halla una respuesta generosa y a finales de aquel año marchan Josep Camps y Joan Llopis –a los que luego se uniría Joaquim Vinardell– para organizar el nuevo Instituto bajo la dirección del colombiano P. Segura con quien mantendrán excelente relación. No sucederá igual con algunos prelados opuestos a la reforma y a todo lo que les suene a teología de la liberación, como fue el caso del luego cardenal López Trujillo. Sea como sea la colaboración medellinense del CPL terminaría a finales de 1968.

Antes, en 1966, Casiano Floristán pide a Llopis que le sustituya como profesor de liturgia en la Universidad Pontificia de Salamanca, ya que él debe ocuparse de la dirección del Instituto Superior de Pastoral que se ha trasladado a Madrid. Un miembro del consejo de *Phase* sustituye a otro, los dos amigos y con similares visiones en su concepción de la teología y de la pastoral litúrgica. Hasta 1969 asumirá Joan la cátedra de Salamanca –años más tarde bromeaba que allí y entonces era también profesor el hoy cardenal Rouco Varela– pero compartiendo esta tarea con otras: profesor en el Instituto Superior de Pastoral, regreso temporal a Medellín para algún curso o encuentros de los innumerables que organizaba Josep Camps, estancias en Barcelona donde vuelve a trabajar en el CPL, especialmente en su Institut de Litúrgia –del que fue director en el curso 1972-1973–, miembro de la comisión para la versión catalana de los textos litúrgicos (1967-1973) y profesor de la Facultat de Teologia de Catalunya. Cúmulo de actividades y en lugares distintos que probablemente influyeron en su evolución personal, serenamente meditada, que le llevó en 1973 a solicitar la secularización y posteriormente a

contraer matrimonio con Maria Colom, secretaria de dirección de la editorial Herder.

TRABAJADOR INCANSABLE

Recomendaría especialmente como resumen de su vida –o mejor dicho, de como él vivió su vida–, la espléndida entrevista realizada por Francesc Romeu y publicada en el número del pasado abril de la revista *Foc Nou*.

Adivinaba la gravedad de su estado, pero apenas hablaba de ello y conservaba tanto su lucidez como su humor. Por ejemplo en este párrafo:

Mi vida, en relación con los organismos eclesiásticos, ha sido muy curiosa. Totalmente al revés de aquel «Principio de Peter» según el cual uno va ascendiendo según el nivel de su incompetencia. En mi caso yo empecé vinculado a un organismo del Vaticano, el consejo para la reforma litúrgica creado por Pablo VI a nivel mundial. Luego fui a parar a un organismo del CELAM, a nivel intercontinental en América Latina, ya un paso inferior. Después a la Universidad Pontificia de Salamanca, algo más abajo, a nivel peninsular. Luego, a nivel regional, fui a parar a la Facultat de Teologia de Catalunya. Y, finalmente, al Instituto de Teología, de nivel local y laical. Todo este, por una parte, me ha permitido no fallar, porque cuando llegas al nivel de la incompetencia y te dan un cargo más importante, seguro que fallas; en cambio, comenzando por arriba y luego cada vez más abajo, acabas encontrando tu lugar.

No todos compartían este realismo de Joan y algunos pensaban que en la nueva etapa, después de su secularización, se desaprovechaba su talento especialmente como profesor («era el mejor» me comentó un obispo). Además, para subsistir, tuvo que buscar trabajo de corrector en varias editoriales al mismo tiempo que se licenciaba en psicología. Con todo, se inició una nueva etapa más centrada en la escritura. Y en ella destaca su labor como informador religioso desde el primer número del diario *Avui*, cuando finalmente en 1973 Fraga permitió que se editara un diario en catalán. Llopis durante muchos años –primero compartiendo conmigo la tarea, como en tantas cosas hicimos desde jóvenes– se responsabilizó de toda una página dedicada a la información religiosa en la que colaboraban

un amplio abanico de articulistas. Si años más tarde, aquella página fue menguando hasta desaparecer, la responsabilidad no fue suya sino de quienes apostaron por una Iglesia más conservadora. Al mismo tiempo colaboraba en las revistas de Montserrat *Serra d'Or* (donde a final de año realizaba un espléndido resumen de la edición en catalán) y *Qüestions de vida cristiana*, que entonces dirigía su amigo Evangelista Vilanova con la colaboración de Maria Martinell. Sin olvidar las publicaciones del CPL y muy especialmente *Phase* de cuyo consejo siempre formó parte.

En algunas de las necrológicas que se han publicado, se destacan especialmente algunos de los libros que en estos años publicó. Me parece bien, pero siempre me sorprendió que Joan no parecía dar demasiada importancia a sus libros. Con todo, debe destacarse *La inútil liturgia* (1969) en que el provocativo título expresa bien su tesis, muy propia del autor: la liturgia es sobre todo algo gratuito, libre, en el ámbito del amor que no debe utilizarse como instrumento menor al servicio de intereses aunque sean benevolentes. Y también *El evangelio (re)humanizador*, que en su versión original catalana obtuvo el premio Joan Maragall, resumen también del pensamiento cristiano de Llopis, centrado en la fe como núcleo, la fe sencilla que había heredado de su tradición familiar y había compartido con sacerdotes y laicos cercanos, sin adherencias impuestas y de ahí que rehumanice desde el corazón de la creencia. Al mismo tiempo –como con acierto subraya J.J. Tamayo en sus necrológicas– Llopis fue un incansable traductor, uno de los aspectos de que fuera un incansable trabajador (lo era, con la gracia de no parecerlo). Tamayo destaca por ejemplo la gran obra de traducir al castellano *La Historia de la teología cristiana*, tres volúmenes –13.000 páginas!– del monje de Montserrat Evangelista Vilanova. O la versión al catalán, con una sustanciosa introducción, de la controvertida obra de Antonio Rosmini, *Las cinco llagas de la santa Iglesia*.

No quisiera terminar este resumen de la «obra» de Joan Llopis sin recordar sus últimas aportaciones. Porque pueden pasar desapercibidas pero sé que él las valoraba, según aquello del «principio de Peter» que antes hemos mencionado. Me refiero a su colaboración

en dos colecciones del CPL que saben unir algo que pocas veces se consigue: sencillez, popularidad, y calidad, obra bien escrita. Joan, el llamado a altos destinos –según la broma cariñosa de su esposa–, en sus últimas semanas de vida, cuando le visitaba en el hospital, más de una vez, olvidando antiguas aventuras, nos hablaba de estos sus últimos escritos como *Las religiones del mundo* en la colección Emaús o *San Buenaventura* en Santos y Santas. Y uno pensaba que les tenía un especial cariño. Como si fuera la culminación de un largo camino que llegaba a su término.

Joaquim GOMIS

Miembro del Consejo y primer Jefe de redacción de «Phase»